

Meditad ahora esa série de pontífices, que han ocupado la silla de Roma, desde san Pedro, hasta Pio IX, y vereis la cátedra de Pedro existiendo de generacion en generacion, inaccesible á las variaciones de las cosas humanas, como la única cadena que, sin solucion de continuidad, se prolonga hasta nuestros dias; y en tanto que las dinastías se levantan y caen con asombrosa rapidez, el Pontificado romano se perpetúa á través de todos los siglos. Esta perpetuidad no puede atribuirse á un ciego respeto del papado: ¡ con frecuencia, manos extrañas han usurpado su patrimonio é invadido su capital; y su cátedra ha sido despedazada por los Bárbaros! Mil veces han tomado el camino del destierro, algunos han sido arrojados en inmundos calabozos y martirizados ignominiosamente; mas, siempre una fuerza misteriosa vuelve á animar esta raza de príncipes sagrados, y los pontífices suceden sin interrupcion á los pontífices.

Tal es la unidad del trono; veámosla ahora en la fé y en la doctrina. Testigos de ella son esas bulas pontificias, que, por más esfuerzos que la impiedad hace para infirmarlas, no han encontrado, á pesar suyo, una, que encierre el más pequeño error, cuando ménos, la más leve variacion. Ábranse los Concilios en seguida, examinense, y digásenos, si desde el de Jerusalem, hasta el del Vaticano, han variado ó errado en la fé.

La multitud de obispos que, desde Jesucristo, hasta nuestros dias, han gobernado, bajo la autoridad del Pontífice romano las iglesias del mundo católico, todos han enseñado á los pueblos un mismo Dios, una misma fé, un mismo símbolo.

Ved ahí nuestra unidad, signo indestructible de su divinidad. Cuando todo se sumerge á nuestro alrededor; cuando las dinastías desaparecen, cediendo su lugar á otras dinastías; cuando los tronos se desploman, y veo á Roma, eterna; cuando considero los pensamientos humanos, y los sistemas de los filósofos disipados como el humo, á través de los siglos, y que la Iglesia permanece, en medio de tantas ruinas, como una columna, entónces, leo el símbolo católico, siempre uno, siempre invariable, y exclamo electrizado: « ¡ Ved ahí una cosa, que no es humana, ved ahí la obra de Dios! » En efecto, la unidad es un carácter esencial de la divinidad; y adornando este atributo á la Iglesia católica, la Iglesia católica es una en su dogma, es divina.

La Iglesia católica posee, además, la unidad de la moral. No tenemos necesidad de hacer grandes esfuerzos para probarlo. La moral, siendo la expresion del dogma, el uno ha debido arrastrar al otro en pos de sí, y ambas unidades marchar paralelas entre la fé y el amor;

dos preceptos regeneradores, que reasumen la moral católica, que significan el amor de Dios y el amor de los hombres, y que, como una ley inmutable, ha permanecido intacta, siempre nueva y siempre vieja en todas las épocas y bajo todos los climas que se la considere.

Todo el mundo católico ha oido estos dos sublimes preceptos: *Amaréis al Señor, vuestro Dios, y al prójimo como á vosotros mismos.*

Religion alguna, sino la cristiana, ha impuesto á los hombres la obligacion de amar á Dios, ni secta alguna filosófica ha pensado siquiera en ello. Solo Dios habia grabado este precepto á la cabeza de la ley de Moisés: *Amarás al Señor, tu Dios.* Así principia el Decálogo. La divina y dulce hospitalidad se recomienda, así mismo, en todas las páginas de la ley mosaica, el amor á sus hermanos: pero, este amor, todavía en la infancia, es la caridad imperfecta, y era necesario que el divino Legislador la trajese á la tierra, y escribiese en el libro del Evangelio: *Os hago un mandamiento nuevo, y es, que os améis los unos á los otros, para que todos conozcan que sois mis discípulos.* En seguida, en aquella oracion sublime, que dirigió á Dios en el momento de consumir su sacrificio: *¡ Padre santo! ¡ que todos no hagan más que uno, y así como vos estais en mí y yo en vos, que ellos sean igualmente uno en nosotros!*

¿ Existe alguna cosa más bella que esta inmensa sociedad cristiana, viviendo en perfecta unidad de creencia y amor? Amor de Dios y de nuestros hermanos, tal es el centro de toda la moral, del cual la Iglesia católica no se ha separado ni un solo instante, desde la hospitalidad que los patriarcas daban en sus tiendas, hasta los dias en que la caridad de Jesucristo se extendió sobre la tierra.

Abordemos, ahora, la unidad de culto de la religion católica. No hay religion verdadera sin un término de amor, sin una accion fuerte, sobrenatural, sin la adoracion y el sacrificio, que forman este término definitivo. Jesucristo, prometido, anunciado, figurado, esperado, constituye la piedra angular de los antiguos ritos judáicos; y desde la inmolation del Calvario, hasta la consumacion del Gólgota, todo lo vivifica más que nunca, todo lo santifica, comienza, desenvuelve y termina.

Por su jerarquía, por su sacerdocio, por sus ceremonias y sacramentos, el culto católico no respira más que á Jesucristo, porque la unidad de este culto encuentra en él solo su término supremo, inmutable y eterno. Y si de aquí recorremos las fases de la Iglesia militante, durante su vida patriarcal, mosaica, y bajo el imperio de la ley de gracia, no hallaremos, en tan largos periodos, ni un instante, en

que el divino Hijo de María, no haya constituido el centro final de la nueva Jerusalén, bajada del cielo. Todo, en la Iglesia católica, su enseñanza, sus sacramentos y sacrificios, tienden y han tendido siempre, á encarnar á Jesucristo en el corazón de cada cristiano, para no formar más que un solo cuerpo del jefe y de los miembros. ¡Hasta los templos proclaman la gloria del Señor! Y sino, ¿quién les ha dado ese atrevimiento de construcción y esa elevación audaz? Ciertamente el pensamiento católico. ¡Qué rico simbolismo, y qué estilo poderoso para escribir el nombre de Jesucristo con letras siempre vivas, para hacer significar á la piedra la imagen, que la Iglesia se esfuerza de formar en ella misma! Todo, en este templo material, refleja la divina imagen del Salvador y la unidad de sus miembros.

2. Probemos ahora de derecho y hecho, que la unidad pertenece á la Iglesia romana. Al desempeñar esta tarea, experimentamos el disgusto de exponer á vuestro aprecio el lamentable cuadro de miserias, de la pobreza de las inteligencias, y de las creaciones ridículas del pensamiento humano.

¿Buscaremos, por ejemplo, esta unidad en las religiones paganas que han surgido en el mundo, antes y después de Jesucristo? Pidamos más bien el orden á la anarquía, la virtud al crimen, la luz á las tinieblas, el ser á la nada. En efecto, por unas partes, no vemos más que una reunión de sectas; por otras, carencia absoluta de poder supremo y de centro común de jerarquía; y por do quiera, en fin, ausencia completa de principio de unidad y de símbolo idéntico. Cada pueblo, cada ciudad, cada familia, tiene sus dioses portátiles y depravados como las pasiones de que son la apoteosis. El ZEUS de los Helenos, el DEUS OPTIMUS MAXIMUS de los Romanos no son el AMMON y OSIRIS adorados en las márgenes del Nilo, el ORMUS de los libros de Zend, el BRAHM de las castas indianas, ni el TIEU de los Chinos. Su culto, por todas partes ridículo y extravagante, es cruel y sanguinario en Esparta, en Cartago, en las pagodas, en los altares de Odino, y al pie de la encina druidica. En suma, desorden, confusión, elementos heterogéneos en las sociedades idólatras, tal es lo que nos ofrecen en vez de la unidad santa.

La sociedad judaica poseía todo lo que la unidad realiza: esto es, las tradiciones divinas, una autoridad central y un sacerdocio enseñante. Mas, ¿dónde hallaremos hoy la tribu de Levi? ¿dónde el pontífice de Jehová, el gran sanhedrino? ¿dónde la cátedra de Moisés, herencia de los hijos de Aarón? Ha sido despedazada, y la cólera del Señor ha dispersado los restos en todos los puntos del globo. Un solo libro ha quedado al Judío vagabundo; pero, este libro, que lleva deba-

jo del brazo, que estrecha contra su pecho, está sellado para él; es un libro apocalíptico, del que no comprende ni una sola línea, pues leyendo en ellas la interpretación falsa de la razón individual, marcha con paso incierto á estrellarse contra la piedra de escándalo, hasta que brille á sus ojos el día de la verdad.

Tampoco hay unidad entre los discípulos de Mahoma. Una asquerosa mezcla de idolatría, de judaísmo y de cristianismo; una hija del sable y de la sensualidad; una secta, dividida en millares de otras sectas; el Alcorán, foco de barbarie, de sensualismo, vergüenza eterna de la civilización europea; una moral impura, un embrutecimiento tiránico, un lugar de prostitución después de la muerte, ¡justo cielo! todo eso había de manifestar al Sér esencialmente uno! ¡Ah! esa es la unidad de la tumba, la unidad del infierno. O nuestra razón no es más que un sueño eterno, ó es necesario convenir, que el islamismo no es una religión divina, como la muerte no es la vida, como la pureza no es el libertinaje.

También falta unidad en la Iglesia de Oriente. Esta Iglesia, fecunda en otro tiempo por la sangre de los mártires, por el genio de Basilio y de Gregorio Nacianceno, no es ya más que una ruina informe de su pasado. ¿Qué mano sacrilega la ha despojado de su púrpura? ¿Quién ha imprimido esa mancha de lodo sobre su frente, tan radiante de gracias celestiales? ¿El cisma!... Busco el órgano del poder supremo conferido al pescador de Genezareth, y veo, que un débil patriarca inclina servilmente la cabeza ante el gran sultán. ¿Es ese el vicario de Jesucristo, el que tiene misión de presidir á los destinos del género humano? Han roto la unidad, y la Cruz ha sido y es allí humillada por la media luna.

Tampoco hay unidad en la Iglesia rusa. ¿Dónde reside el poder central? ¿De dónde desciende la cadena jerárquica? ¿De quién dependen los obispos en el orden espiritual? De los caprichos del emperador. Supremacía política, civil, religiosa, todo se halla concentrado en la persona del czar, y es necesario creer y esperar lo que el autócrata ordena esperar y creer. Su espada es el báculo pastoral; los *ukases*, las encíclicas y bulas pontificiales. El trono del soberano, hé ahí la piedra angular de la Iglesia. ¿A él se dijo, acaso: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia?*

Falta de unidad en la protestante Inglaterra. Nótese allí un simulacro de episcopado sin jefe. ¿De quién dependen esos prebendados del cisma y del sensualismo de Enrique VIII? De un concilio permanente, me direis, de la reina Victoria. ¿Por ventura, habla con la cámara de los lores de la Gran Bretaña, con una reina, el texto sagra-

do: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia?* Sus débiles brazos, apenas capaces de soportar la púrpura, ¿son, acaso, bastante fuertes, para dirigir el timon de la nave de la Iglesia de Jesucristo?

Que tampoco hay unidad en los luteranos y calvinistas, fácil es concebirlo. Cada individuo de esas sectas tiene derecho para interpretar las sagradas Escrituras, y de establecer los principios religiosos que más cuadren á su extraviada razon; y como la ley de la individualidad lo es, á la vez, de inestabilidad, han formulado una multitud de doctrinas, produciendo así la confusion y la anarquía. El símbolo de Prusia no es el de Dinamarca; no se cree en Suecia lo que en Ginebra; y no existe acuerdo alguno entre los reformados de Nimes y de la Rochela.

Todos conoceis la historia de las variaciones del protestantismo, que la Iglesia católica debe á la pluma inmortal de Bossuet.

Nada diremos de esas sectas filosóficas emanadas de la revolucion. Nacidas ayer, no tienen pasado, presente ni porvenir. Su centro de unidad, móvil como las olas del Océano, es la duda roedora, el sensualismo y la muerte.

La unidad de dogma, de moral y de culto, esta unidad esencial á la verdadera Religion, pertenece solamente á la Iglesia romana; y esta unidad, constituyendo un verdadero prodigio, prueba la dignidad de la Religion católica.

Durante su vida mortal, Jesucristo decia: «Yo soy el Hijo de Dios; mi Padre y yo somos uno.» Y en seguida añadía: «Si no quereis ereer en mi propio testimonio, creed al ménos en mis obras.» ¡Y Jesús daba vista á los ciegos, y resucitaba á los muertos!

La Iglesia tambien, pasando sobre la tierra, se llama hija inmortal de la verdad; y á pesar de que, al proclamarlo, se haga el eco de todas las tradiciones, de todos los siglos, añade todavia: Si no quereis creer en mis palabras, creed al ménos en mis obras, al hecho que prueba, que yo he descendido del cielo.

Efectivamente, señores, que la Iglesia permanezca siempre la misma con su eterna y divina fé, en medio de los sistemas, que se suceden como las nubes en un día de tormenta; que veinte siglos no hayan podido oscurecer uno solo de sus rayos; que cerca de dos mil años reuna millares de inteligencias bajo el estandarte de la unidad; que, en este momento mismo, doscientos millones de habitantes le estén sometidos por el pensamiento, por la conciencia, y que estos doscientos millones inclinen la cabeza ó su razon ante algunas palabras pronunciadas por la Santa Sede; no, esto no está en la naturaleza:

para que el hombre se encorve á los piés del hombre, para que el género humano prosterne su inteligencia ante otra inteligencia; necesario es, que la voz, que le manda, sea una voz de los cielos.

¿Qué pensariais de un anciano, que, sentado sobre una roca en medio del Océano, imprimiese á cada ola, á cada ondulation de este vasto lago una direccion uniforme y armónica durante medio siglo? Veriais, sin duda, en semejante fenómeno, una derogacion de las leyes de la naturaleza, y exclamariais: ¡Ved ahí una cosa divina! ¡Pues bien! en el seno del mar inmenso de la duda y del error, se halla el rio grandioso de la verdad católica, cuyas olas, á pesar de las ideas anárquicas y del huracan del individualismo, obedecen eternamente á la sublime ley de la unidad. El sucesor de Pedro, sentado en la cúspide de la montaña divina, sobre el Capitolio del Salvador del mundo, les hace dar un círculo de armoniosa verdad.

IGLESIA.

(SU SANTIDAD.)

III.

Ut exhiberet Ecclesiam, non habentem maculam, sed ut sit sancta.

Para hacer comparecer la Iglesia sin mancha, sino siendo santa.

(EFFES. v, 27.)

Sola depositaria de la santidad, como lo es de la unidad, la Iglesia persigue sobre la tierra el egoismo, el mal y el error; da á nuestra inteligencia el pan de la verdad, y á nuestro corazon, una vida casi celestial; eleva nuestra alma marchitada á las sublimes alturas de la virtud; y por más pesada que parezca nuestra cadena, la rompe y destruye con poderosa mano. Tal es el atributo incomunicable de la Iglesia que hace los santos, y cuya mision bienhechora en el seno del género humano fué saludada por el salmista, cuando exclamaba: «Dios es admirable en sus santos: *mirabilis Deus in sanctis suis.*»

Dios es santo : no podria concebirse sin este atributo : la beatitud, la bondad y la pureza faltarian, en este caso, á su sér, y no habria, por consiguiente, union armónica de poder, sabiduría y amor en las tres personas divinas.

Efectivamente, la Iglesia católica, la más elevada manifestacion de la fuerza, de la verdad y amor infinitos, lo es tambien de la santidad de Dios. La Iglesia, pues, es santa en sus dogmas, en su moral y en su culto. Esto es lo que me propongo demostraros. A. M.

1. La Iglesia es santa en sus dogmas. El Dios que nos revela, es santo por esencia: santo, santo, tres veces santo es el Señor: *Sanctus, sanctus Dominus!* ¿Qué se ha hecho de esta nocion tan pura en la teología pagana?... ¿Qué han hecho de ella el panteismo, el dualismo y todas las sectas, ántes y despues de Jesucristo? ¿Qué han hecho de ella, repetimos? La han marchitado, desnaturalizado, asociándola á las imperfecciones y á los vicios de la tierra. ¿Qué son, en fin, todas las divinidades del paganismo?

¿Qué hay de comparable á Jesucristo, considerado bajo el punto de vista de la santidad y del pensamiento católico? La razon del hombre, el genio del serafin inspirado, no hubiera concebido jamás un ideal de santidad semejante al que el Hijo de María realiza en el seno de la creacion. *El Santo que nacerá de vos*, dice el glorioso Arcángel á la inmaculada Virgen de Nazareth, *será llamado hijo de Dios.* ¿Qué sublime imperfeccion! ¿Y quién sino el Salvador del mundo, ha podido desafiar á sus semejantes *de convencerle de pecado? Quis ex vobis arguet me de peccato?* Vosotros, á quienes el aborrecimiento no ha cegado todavía, leed la vida de la víctima santa del Calvario, seguidla paso á paso, desde el pesebre, al altar del sacrificio, y si encontrais un solo rasgo, una sola palabra, que no respire una santidad inefable, entónces, despedazad este libro, quemadlo sin remordimientos. Mas al recorrer esas páginas divinas, exclamaréis, á pesar vuestro, como el filósofo: «La majestad de las Escrituras me admira, la santidad del Evangelio habla á mi corazon.»

Esta flor de la beldad celeste, esta graciosa hija de Eva, esta lis de Israel, cuya blancura eclipsa á las demás lises... ¡Ah! si todo corazon la bendice, si cada generacion que pasa la saluda de su amor intenso, es porque resplandece de una auréola de santidad. Las naciones la llaman bienaventurada, porque el Señor ha operado en ella grandes cosas, prodigios de santidad.

El celeste mensajero le reveló los designios providenciales: tiembla, vacila, y consiente, en fin, á la divina maternidad, porque ha re-

cibido la promesa divina de permanecer virgen, haciéndose madre. En seguida, para preservarse de las seducciones del orgullo, entra en su nada, y exclama con acento de profundísima humildad: «¡Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun vuestra santa palabra!»

¿Existe alguna cosa más santa que el cielo, tal como se presenta á nuestras mortales esperanzas, al través del velo radiante de la fé? El error de los antiguos pueblos ha emanado, de haber imaginado recompensas solemnes en un mundo nuevo.

Referiríamos cosas espantosas, huiríais de este templo, si describiéramos el *souerga* de los Indios, el *goratmant* de los Persas, el eliseo de los Griegos y Romanos, el *WALHALLA* de los guerrereros escandinavos, las escandalosas escenas del paraíso musulman. ¡Cómo! con danzas voluptuosas, con obscenos placeres...! ¡Con una gota de agua fétida, querer acallar un alma, que tiene sed de un rio inmenso, y cuyas facultades se difunden hasta Dios! El cristianismo solo permite gozos intelectuales, alegrías puras y arrebatadoras, que tienen por objeto la santidad de Jesucristo.

Santa en su moral.

Esta cuestion ha sido resuelta por los filósofos del siglo XVIII; sarcasmos, inmundos folletos, sofismas, parodias abyectas, nada han economizado contra nuestros santos misterios, contra la majestad de nuestros pontífices y de nuestras augustas ceremonias. Mas, al atacar la moral del Evangelio, enmudecen, se paran admirados como el vencedor de Issus, que siente caer su cólera en presencia del gran sacerdote de Israel, ó como Atila, que se encorva respetuoso ante el sucesor de Pedro. Nada se encuentra tampoco en las legislaciones paganas que se aproxime al Decálogo mosáico, que sobrepuja á los demás códigos humanos de toda la elevacion de una cosa eterna sobre una produccion del tiempo. Y, sin embargo, la vista mide todavía una distancia inmensa entre el Sinai y el Tabor, entre la ley figurativa y la ley de las divinas realidades, entre la ley de esperanza y la ley de amor: Moisés se dirigió á la exterioridad del hombre; Jesucristo va derecho al santuario de la conciencia, y regla nuestros pensamientos los más íntimos, nuestras más secretas afecciones. «Bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que tienen sed de justicia... Amad á vuestros enemigos; orad por los que os persiguen y calumnian... Si os quitan vuestra capa, dad todavía vuestra túnica... Si os hieren sobre la mejilla derecha, presentad la izquierda!...»

¿Se ha visto nunca moral tan sublime? Recorriendo el libro de los Evangelios, tan sencillo y sublime á la vez, siéntese uno arrebatado

por alguna cosa sobrenatural: quédase el lector subyugado é incapaz de cometer una mala accion: es necesario que ántes se borre la dulce, pero grave impresion recibida; que la palabra de gracia y de verdad, cuyo encanto indescribible suspende la facultad de hacer mal, cese de gritar al alma, aún vibrante de emociones celestes.

Santa en su culto.

La adoracion de un solo Dios por un solo mediador, tal es el fundamento del culto cristiano. Nuestros hermanos, enemigos, nos han atacado, asimismo, sobre nuestro culto. Han mirado con ojo inquieto y celoso nuestras bellas iglesias, donde todo ora. Mas, en vano se fatigan en clamar contra la ostentacion y el lujo de tan grandiosos monumentos; por más que declamen adversamente, sostendremos siempre, que cuatro paredes no forman un templo; ni tampoco una mesa, un altar, un sillón, y un púlpito; ni un hombre, pagado para hacer un discurso, un sacerdote. El protestante, con su razon fria, ha helado su culto; y todo indica y hace sentir, que Dios no habita en sus templos.

Ved, por el contrario, nuestras catedrales góticas; todo allí respira la divinidad: los vidrios, las imágenes de los santos en sus nichos, hasta las piedras mismas parecen estar en oracion. La Religion cristiana ha espiritualizado, en cierto modo, la piedra insensible, empleada en la casa del Señor. Contemplad sino esas cúpulas, símbolos de esperanza, que tanto interesa divisarlas á lo léjos. El viajero que ha marchado, durante largas horas, á los rayos abrasadores del sol, desde el momento que la apercibe al extremo de su camino, no siente ya el cansancio y flojedad que le atormentaban algunos minutos ántes. Allí está la casa de la esperanza, se dice en seguida; además, parece que los votos de los fieles, elevándose por la cúpula, tienen ménos camino que hacer para llegar al cielo; que las largas avenidas que conducen al santuario, presentando la imagen de su vida, dicen al soldado de la cruz: Hélas ahí, es necesario atravesarlas para llegar á las profundidades celestiales, al tabernáculo inmortal de Dios mismo que habita nuestros tabernáculos terrestres.

¿Qué diremos ahora de las campanas, de esta creacion del cristianismo? ¿Quién no siente su corazon conmovirse, cuando, en medio de los primeros resplandores del crepúsculo, oímos vibrar su voz, diciéndonos: Alabad á María; ved aquí el ángel del Señor, que le anuncia la encarnacion del Verbo eterno en sus immaculadas entrañas? Y cuando la luz se apaga, y el manto de la noche cubre la llanura, ¿quién no contempla las dulces palpitations del corazon al volver á oír el mismo grito del cielo: Cantad vuestras alabanzas á la Reina de la gloria, madre de Dios, madre del Cordero sin mancha y la vuestra?

¿Quién no se arrebatara de admiracion en nuestras grandes solemnidades, oyendo el sonido que sale de nuestros campanarios, hendiendo los aires, para llamar á los fieles al pié de los altares? ¡Y el órgano, este océano de armonía, que, eclipsando todas las orquestas de la tierra, despidе sin cesar torrentes de música divina, que van á confundirse con los cánticos del cielo!

Ved ahí una ligera reseña del culto cristiano, capaz de hacer ver todo lo que encierra de grande y de sublime. ¡Y sin embargo, se nos calumnia atrocemente, acusándonos de idolatría! ¡Se nos echa en cara, que adoramos la piedra, que adoramos á los santos! Nosotros no adoramos más que al Dios vivo, á Dios solamente. Honramos á los santos como á nuestros intercesores cerca de Dios, y nuestros modelos en la fé y en la moral: no les negamos las palmas de las victorias; marchamos, sí, sobre sus huellas, á fin de llegar un día al trono de Dios, que distribuye las recompensas, y á quien solo pertenece la gloria y la divinidad.

Los sacramentos de la Iglesia, ligados estrechamente al culto, son otra prueba de su santidad. Meditad lo que hace el amor infinito, bajo la nueva alianza, para santificar á su criatura, degradada por la mancha original. No hay una época, un acto importante de la vida, al que Jesucristo no haya derramado sus gracias especiales, por medio de la institucion de un rito sagrado. Cuando llegamos á la ciudad del tiempo, el liquido regenerador nos rehabilita en la justicia original. ¿Viene en seguida á desarrollarse el vicio? Un nuevo socorro está preparado contra la estrepitosa tempestad de las pasiones. A la voz del Pontífice, el divino Espíritu baja sobre nosotros y nos abrasa con sus purísimas irradiaciones, con sus embriagadores ardores, y al punto somos convidados á tomar asiento en el banquete celeste, donde el Autor de la vida hace de sí mismo nuestro incomprensible alimento. ¿Hemos caído en el camino espinoso de la vida, y violado la ley de Dios? La divina piedad levanta un tribunal de misericordia, donde el perdón espera incesantemente el arrepentimiento; y cuando se aproxima el momento que decide nuestra suerte para siempre, cuando el peregrino llega al término de su viaje, la sagrada unción de los enfermos le consuela.

La sociedad tiene sus sacramentos así como el individuo. El del matrimonio consagra la union de los esposos, é introduce en la familia un principio de santidad y de vida sobrenatural. El del orden inviste al jóven levita, de una especie de paternidad divina, elevándolo al sacerdocio. El sacerdote rogará por sus hermanos, levantará las manos hácia el cielo para parar, contener el rayo, y ladearlo de la ca-

beza de los culpables : consolará el infortunio, y se hará la providencia de la tierra, el amigo de todos los desgraciados. Hé ahí al sacerdote, no como un bello ideal, sino tal cual es, tal como lo conoceis, tal como lo veis entre vosotros. Pues bien, en estos dias, en que todo se insulta, se ha insultado tambien al sacerdote : se le ha arrastrado por el lodo y mostrádole, desde san Francisco de Sales, hasta nuestros dias, como un enemigo del género humano, como un perverso corruptor de sus hermanos : mas notad, que el insulto no viene de la calle, de esos seres embrutecidos por el vicio, degradados por toda especie de corrupeion; no; estos hombres abyectos respetan al sacerdote, aún en medio de sus desórdenes.

2. Santa en sus dogmas, en su moral y en su culto, la Iglesia no lo es ménos por los prodigios de santidad que produce.

¿Cómo es posible pintar el envilecimiento del imperio romano, en el momento en que la Religion pareció para regenerarlo, ni narrar los repugnantes excesos que allí estaban á la órden del dia? Todo cauce, como en los tiempos diluvianos, habia corrompido su via. El árbol del mal, frondoso en el vaso impuro de la idolatría, habia echado todos sus frutos. Por una parte, una raza orgullosa, déspota, que se creaba genealogías celestes, compraba á peso de oro apotéosis vergonzosos; por otra, un inmenso rebaño de esclavos, alimentado con un pedazo de pan negro, mojado en la sangre del circo, hasta que es arrojado en los viveros para alimento de los peces. Las dos terceras partes de la raza humana, embrutecidas por la depravaeion, arrastran pesadísimas cadenas; y algunos tiranos, algunos mónstruos, que la martirizan, van á sentarse despues sobre el altar, para recibir adoraciones. Así sucedia en efecto; bajo Tiberio, el mundo no era más que un inmenso presidio, y solamente Jesucristo podia dar la vida á un cadáver de sesenta siglos.

Trasladémonos al momento solemne, en que los apóstoles se dispersaron para obrar este milagro. Parten, no llevando consigo más que una cruz de madera y el báculo del viajero. ¿Qué les aconsejaba la prudéncia? Ocultar un poco las duras oscuridades de la moral evangélica, y de no aplastar la razon moribunda con el peso de nuestros tremendos misterios. Mas, todo lo contrario: cuando llegan á las ciudades paganas, foco y centro de todas las opresiones, inmoralidades y escándalos; cuando llegan á la grande Éfeso, á la voluptuosa Corinto, á Roma la cortesana, les dirigen estas palabras extrañas : *Los que son de Jesucristo han crucificado su carne... Que la fornicacion, que toda especie de impureza, que la avaricia, no sean nombradas siquiera entre vosotros... El justo vive de su fé.*

Pues bien, ¿qué sucedió? A este llamamiento, que arrostra todas las pasiones, se presentan de todas partes numerosos prosélitos, impacientes de marchar en la nueva carrera erizada de cruces, de sufrimiento y abnegacion; y se engruesan las filas cristianas de ancianos, de mujeres y niños, de proletarios y ricos señores, de matronas y oscuras plebeyas. Contad, si es posible, estas legiones magnánimas que, durante tres siglos, gastan el hierro del verdugo, apagan el fuego de las hogueras, y quiebran los dientes del tigre y del leopardo... Contad esos ángeles terrestres, que suben al cielo con la doble corona de virgen y de mártir. Allí principia el rio de la santidad, cuyas aguas puras y lípidas, despues de haber corrido la llanura del tiempo, irán á perderse en los espacios sin fin del mundo eterno. Es necesario seguir su curso al través de los siglos, mirar en el tránsito los querubines del desierto, los Antonios, los Pablos, todos los anacoretas de la Tebáida, ocupados sin cesar en expiar los placeres de Roma bajo el saco y cilicio.

En nuestros dias, la santidad más admirable radia de todas partes sobre la Iglesia de Jesucristo. Nadie, entre vosotros, habrá dejado de experimentar el dulce estremecimiento al divino espectáculo de la virtud. Sus piés, tan lijeros para penetrar por el umbral de la miseria, y llevar al anciano y al enfermo consuelos para el alma y cuerpo, es la mujer cristiana : sus manos delicadas, que mullen el lecho del enfermo, curándole las llagas, miéntras que una dulce voz le dice palabras encantadoras, es la hija de san Vicente de Paul, convertida en madre por una perfecta caridad, sin dejar de ser virgen. Esos lábios, purificados por la mañana con la hostia santísima; esos lábios, de donde salen palabras celestiales sobre el hipo de la agonía y las penas del último tránsito, es la hermana hospitalera, la virgen cristiana. Ese intrépido viajero, que vuela al medio de las hordas salvajes, sin más armas que el amor de Dios y del prójimo y un breviario debajo el brazo, es un sacerdote de Jesucristo. Ved todavía á ese hombre de abnegacion, inmolado por la ley en sacrificio por la felicidad de la tierra; ¿quién diréis que es? El sacerdote de Jesucristo. ¡El sacerdote! ya que tanto se le calumnia, me complazco en decirlo, desde la cumbre de esta cátedra, que al sacerdote de Jesús lo encontraréis por do quiera donde gime la humanidad, donde hay una lágrima de dolor, sobre los mares y los continentes, en la China sedienta de su sangre, en los intrincados y espesos bosques de América, donde el salvaje le da la muerte con sus flechas envenenadas. ¡El sacerdote! lo veréis siempre intrépido abogado del pobre, de la viuda, del huérfano, y ardiente tribuno de la desgracia : lo encontraréis en medio de

vosotros, sobre el campo de batalla; al lado de los heridos; en el calabozo, donde la justicia humana hace expiar los crímenes; sobre el carro fúnebre del reo, y hasta en el cadalso del parricida, para arrojar su alma en el seno de la Divinidad.

Es incontestable; la Iglesia es santa en su dogma, en su moral, en su culto; y esta santidad solo á ella pertenece.

No la hay en el panteísmo. Efectivamente, si todo es Dios, si todos los seres no son más que fracciones de la Divinidad; si todas las modificaciones del yo contingente, se identifican á la substancia del ente absoluto, entónces, se divinizan todos los vicios y crímenes, ó más bien, ya no existen virtudes, crímenes ni vicios.

No la hay en el fanatismo. Todo lo que sucede, acontece por una voluntad inflexible, bajo la cual, como débiles pigmeos, tenemos que inclinar la cabeza sin quererlo ni saberlo. En este caso, no hay libertad, y sin libertad, no hay bien.

Tampoco hay santidad en el paganismo. No deberíamos ni siquiera mentar aquí esta idea, puesto que nadie desconoce, que unas religiones, en que sus dioses principales son los más solemnes malvados que ha habido sobre la tierra, no pueden pretender á este divino título, reservado exclusivamente á la Iglesia católica. Buscar la santidad en religiones, donde los templos son escuelas de la más degradante liviandad, donde se daba culto á no sabemos qué diosas, cuya sola vista escandalizaba, seria incurrir en la nota de extravagantes, y hacer piquísimo honor á la dignidad y excelencia del asunto que tratamos.

El protestantismo, con su principio de exámen privado, de la inspiracion inmediata, puede conducir á todos los excesos, y no tiene, por consiguiente, la cualidad de santo, que en vano quieren darle algunos obcecados.

¿La pediremos al materialismo? Unas veces racionalista, otras san-simoniano y frenólogo, enseña, que el pensamiento, la libertad, el genio y la moral son el producto final de la irritabilidad nerviosa ó de protuberancias del órgano cerebral.

Meditadlo bien, y convenceos, que no hay un sistema ni religion á quien pertenezca la santidad, este privilegio exclusivo de la doctrina católica. La santidad está aquí, en esta Religion de vuestra infancia, en esta Religion que os acompaña, desde la cuna, al sepulcro; que hace vuestra felicidad durante la vida, y que será vuestra eterna recompensa. Amen.

IGLESIA.

(SU CATOLICIDAD.)

IV.

Euntes, docete omnes gentes.

Id, é instruid á todas las naciones.

(MATTH. XXVIII, 19.)

Hemos demostrado en los precedentes discursos, que la Iglesia es *una* en sus dogmas, *una* en su moral, y *una* en su culto; y que es tambien santa en sus dogmas, en su moral, en su culto, y produce prodigios de santidad.

Hemos evidenciado, que estas notas no pertenecen á otra alguna sociedad religiosa; y no habiéndolas encontrado en el politeísmo, en los hijos de Israel, en los discípulos de Mahoma, en los cismáticos orientales, ni en los protestantes de Europa, hemos deducido la consecuencia, que la unidad y la santidad son un privilegio exclusivo de la Iglesia católica, y que este privilegio prueba hasta la evidencia, la divinidad de la Iglesia romana.

Hoy saludamos en ella á la reina de la universalidad. Semejante á un rio, que toma sus aguas de una montaña elevada, la Iglesia desciende de las profundidades celestes, y derrama por todas partes, al través del espacio y de los siglos, torrentes de vida; hasta que, llegado el dia en que, entrando en el seno de la eternidad, desaparezcan sus riberas, para perderse en el océano de amor y de luz.

Dios es inmenso: su esencia adorable se dilata sin medida, infinitamente. Nada le circunscribe, nadie puede circunscribirle. Bajo este supuesto, la Religion, al manifestar exteriormente ser sus propiedades, debe ser universal, de la misma manera que Dios, Sér infinito, extiende su providencia universalmente. En tal concepto, y así como háyamos probado, que la universalidad es un carácter exclusivo de la doctrina católica, deduciremos otra segunda prueba de su divinidad. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.